

## PERTINENCIA DEL PENSAMIENTO HUMANISTA DE ROBERTO BRENES MESÉN\*

Gerardo Mora Burgos

### RESUMEN

El humanismo de Roberto Brenes Mesén es uno de los elementos de su pensamiento filosófico que mayor interés ha despertado y mayor trascendencia ha tenido en la cultura nacional. Su humanismo superó el humanismo concentrado en el estudio de las *humanae litterae*, y se extendió al amor y respeto a la naturaleza, más allá de todo antropocentrismo narcisista. Brenes Mesén, al igual que otros humanistas costarricenses, fue considerado un rebelde, aunque él no era más que un no conformista. Para él el hombre culto es el hombre pleno, es el humanista.

### ABSTRACT

The Humanism of Roberto Brenes-Mesén is one of the elements of his philosophical thought that more interest raised and more transcendence had in the national culture. His Humanism surpassed the Humanism concentrated on the study of the *humanae litterae*, and was extended to the love and respect to Nature, beyond every narcissist antropocentrism. Brenes-Mesén, as some other Costarican humanists, was considered at the beginning of the last century as a rebel, but he was only non conformist. For him, the cultivated man is the fulfilled man, and as such he is the humanist.

Tradicionalmente en el pensamiento de Roberto Brenes Mesén<sup>1</sup> se han distinguido tres períodos más o menos definidos y que nos permiten valorar el desarrollo de sus ideas filosóficas.

El primer período se caracteriza por un reconocido interés del autor por los estudios científicos en los primeros años de su quehacer intelectual y artístico que podemos situar de 1900 a 1906. Su posición es declaradamente positivista, como resultado de su formación dentro de la Lógica, la Filología y la Psicología influidas por el positivismo de finales del siglo XIX, entre cuyos principales representantes se destacan Stuart Mill y Wundt. Su obra más representativa de esta época es **La Voluntad de los Microorganismos** (1905), una contribución a la psicología comparada.<sup>2</sup>

Pero este período positivista está muy lejos de ser una mera pose intelectual, sino que deviene sobre todo una actitud ante la vida, lo cual se plasma no solamente en su obra escrita sino también en su labor pedagógica. El testimonio de José Basileo Acuña da fe de este su compromiso personal:

“En sus clases de Literatura y Psicología, pero sobre todo en su contacto personal con nosotros, don Roberto nos estimulaba a vivir ciertos ideales que consideraba importantes y provechosos para el desenvolvimiento individual. Sus enseñanzas siempre eran de orden práctico, es decir, educativo. Porque don Roberto fue en todo momento y en toda actividad emprendida por él, hasta en el cultivo de las artes y de las ciencias del lenguaje, un pedagogo en su primitivo significado de conductor de jóvenes. Su vida entera se centralizó alrededor de una cátedra ejemplar y ejemplarizante, a veces convertida en púlpito, que le llevaron por una senda indesviada de servicio humano, de amor a las promesas de una nueva raza que creía ver especialmente en cada niño y cada adolescente, de vivencias espirituales que se esforzaba en compartir con todos. Por esa senda se pueden cometer errores “computables” y que ellos pagó en moneda fraccionaria” (Acuña, 1990: 9).

Pero no podemos limitar esquemática-

mente los diversos momentos del desarrollo del pensamiento de nuestro autor. Si bien es cierto que sus principales escritos se caracterizan por el ideario positivista que le fue inculcado en sus estudios en Costa Rica y Chile, tampoco podemos negar que en su pensamiento se mueve una corriente subterránea que data de sus primeras lecturas colegiales, de su correspondencia con Rubén Darío y de las enseñanzas del profesor Hanssen. La primera obra que nos demuestra la riqueza de dicho filón es **El Canto de las Horas**, colección de ensayos sobre la belleza, la contemplación y la meditación en la obra de arte, publicada en 1911. Y en esta misma obra, Brenes Mesén empieza a deslindar el conocimiento lógico del conocimiento intuitivo, distinción que dará inicio a una línea de pensamiento que paulatinamente se irá profundizando y extendiendo hasta servir de fundamento a toda su obra posterior. En **El Canto de las Horas** nuestro autor analiza la actividad científica y los alcances cognoscitivos del científico, a la vez que los contrasta con la actividad intuitiva y sus mismos alcances:

“La Ciencia procede construyendo andamiajes: la intuición no los conoce; salta por encima de los abismos oscuros y del otro lado de las cumbres. Como las águilas, viaja de cumbre en cumbre. Cuando el hombre de ciencia es de genio, posee intuiciones y a veces su existencia se desliza a lo largo de una ruda labor para probar una intuición; es el caso de Newton.

“El hombre de ciencia está separado de la plenitud de la Conciencia Cósmica por tan delicados velos que con frecuencia los atraviesa la luz maravillosa de ella: el genio relampaguea. Y más tarde, los zapadores de la crítica, van buscando las vetas de las ciencias que conoció y dominó el hombre de genio, y se admiran de que las haya conocido todas, de que se haya adelantado a su época. (El hombre de genio) descubre verdades sin gabinetes, ni laboratorios, ni observatorios. Es que en estos sitios —también sagrados— el hombre busca las pruebas y ensaya. El destino de ellos (de los hombres de ciencia) no es alcanzar allí (en la ciencia) la intuición, sino el conocimiento razona-

do. Si en ocasiones la alcanza, es porque el gabinete suele ser un oratorio, un meditatorio, como lo es el taller del artista". (Brenes, 1911: 45).

De esta concepción dualista de Brenes Mesén, que separa el conocimiento intelectual, propio del hombre de ciencia, del conocimiento intuitivo, surgen ciertas vivencias: el campo del conocimiento intelectual es el campo de la ciencia, mientras que el campo del genio es el del conocimiento intuitivo. En una misma persona pueden darse los dos tipos de conocimiento cuando el hombre de ciencia es a la vez un genio. El ejemplo que cita don Roberto es el de Newton.

Por otra parte, el mismo dualismo lo señala Brenes Mesén entre el simple artista y el artista de genio. Pero la diferencia la establece, sin asignar a cada uno una esfera de actividad, tomando en consideración los móviles que los impulsan a la actividad artística y los objetivos que desean obtener.

"Se busca la gloria y la inmortalidad en el frágil cristal de la memoria de los hombres y no en la armonía y solidez de los pensamientos con que se tejen las obras que han de atravesar el océano de las horas en la barca de nácar y marfil de la inmortalidad. Con frecuencia se trabaja en el éxito y no en la obra de arte, olvidando que el éxito es de hoy y la obra de arte es de siempre". (Brenes Mesén, 1911: 5).

De esta concepción dualista de don Roberto acerca del genio en los terrenos de la ciencia y del arte, se puede inferir que los genios constituyen una categoría aparte, una aristocracia espiritual privilegiada, que se estructura por encima del común de los mortales, incluyendo entre éstos al científico razonador y el artista en busca de éxito y fama. Asimismo el conocimiento factual y el arte efímero vendrían a ser de una clase inferior al conocimiento intuitivo y a la Conciencia Cósmica. Pero éstas no son las vivencias

de don Roberto, porque para él la vida divina está en todos los hombres, como lo expone en el **Canto de las Horas**:

"No está lo divino lejos de nosotros, en apartados cielos, sino en nosotros y en torno de nosotros. Nos movemos, nos agitamos en el seno de lo divino; pero ni nuestros ojos ni nuestra mente saben mirarlo si no es en esos supremos instantes de INSPIRACIÓN, en la plenitud de la Conciencia Cósmica en que el Universo se hace de cristal y nuestra vista sublimada, observa durante el encanto de un EXTASIS, la infinitud del pensamiento hinchando todas las formas en la inacabable jerarquía de todos los seres." (Brenes, 1911: 6, 61) (Acuña, 1990: 13).

El segundo período de la trayectoria del pensamiento de Brenes Mesén es el de su más viva inquietud filosófica. Insatisfecho del positivismo, el cual, sin embargo, lo ha orientado hacia el apasionante tema de la constitución de la materia, y hondamente preocupado por la indagación de *primeras causas*, el autor cambia su posición límite de rotunda negativa de la Metafísica, por una entusiasta convicción hacia ésta. Podemos denominar a éste su "período metafísico" y transcurre aproximadamente de 1907 a 1917. Su obra característica es **Metafísica de la Materia**, publicada en 1917. La concepción metafísica constituye la *doctrina medular* que informa toda creación madura del autor, a tal punto, que podríamos llamarla el pensamiento-eje de su obra.

La concepción metafísica que asume en este período le lleva a formular un *monismo emanentista* el cual, muy someramente caracterizado, parte de la afirmación de una unidad de la esencia divina que, en progresiva y jerárquica gradación desde la burda materia hasta la sustancia espiritual y divina, llena todo el espacio y constituye en sí misma el Universo. Todo el sistema está regido por la ley de la evolución durante la cual se va ascendiendo hasta los mundos puros del espíritu. En la

unidad divina se encuentran tres principios esenciales: *Pensamiento* (o Ideación), como principio divino causal; *Voluntad*, como fuerza dinámica e inteligente que coopera con la evolución; y *Amor*, como causa de vida y origen de creación. Así pues, en el Universo todo está concebido inteligentemente, realizado voluntariamente y creado amorosamente. Finalmente, la ley del *Ritmo* cósmico rige todo el sistema.

Este núcleo metafísico es de tal manera el pensamiento-eje en el cual se fundamenta toda la obra posterior, que de él se derivarán en los años siguientes:

- a. Su visión panteísta de la naturaleza (*Los dioses vuelven*, y *Rasur*; o *semana de esplendor*).
- b. Su ideal de ser humano (*Rasur*, y *el Mundo del Milagro*).
- c. Su teoría del conocimiento (*El misticismo como instrumento de investigación de la verdad*; *Rasur*).
- d. Su comprensión de la cultura y de la Historia: rehabilitación del paganismo (*Los dioses vuelven* y *Dante, símbolo del medievalismo*).
- e. Su comprensión de la Poesía y del Arte como visión directa de la realidad (*Rasur*).
- f. Su noción de "Filosofía" (*Nuevo sentido etimológico de "Filosofía"*).

La confluencia de toda la obra en este pensamiento-eje hace que ella adquiera a partir de 1917, como es obvio, un *carácter orgánico* y de gran unidad. Esto se observa, no sólo en los contenidos teóricos propiamente dichos, sino también en los medios expresivos que el autor emplea,

pues presenta los temas filosóficos tanto en la producción en prosa (ensayos, artículos, crítica literaria) como en el verso (ejemplos claros en los poemarios *Los dioses vuelven*, *Poemas de Amor y de Muerte*, *Rasur*, etc.) (Cf. Dengo, 1974a: 37-38).

El tercer período de su trayectoria se inicia después del período metafísico mencionado (1918) y se prolonga hasta el final de su vida (1947) y comprende la obra madura de Brenes Mesén que se orienta hacia el misticismo que ha escogido como vía de voluntaria y convencida depuración espiritual. De ahí que su pensamiento no sea filosóficamente puro, sino más bien una fusión de lo filosófico y lo religioso. Su última obra es la más característica: *Rasur*, largo poema que condensa en forma de "presencias" (es decir, sin elaboraciones discursivas) los aspectos fundamentales del pensamiento del autor (Cf. Dengo, 1974a: 38).

Como hemos referido, Brenes Mesén plantea su *concepción del Amor* en un plano metafísico, y llega a desarrollar, a partir de ella, toda una "teoría" con aplicaciones éticas y epistemológicas.

En primer término, como principio vital, "el amor es la potencia creadora de cuanto existe en el Universo", fuerza que "implica vida, conciencia y voluntad", "conciencia" y "voluntad" porque, como principios de la esencia divina que son el Pensamiento, la Voluntad y el Amor, forman una unidad siempre presente en toda forma creada, lo que significa que no hay fuerzas ciegas ni inconscientes en el Universo, sino *inteligentes*.

Hay en el Universo una *voluntad de amor*, como *ley íntima* y fuente causal de existencia. Está presente en todo: tanto en la vida de la Naturaleza como en la humana, así como también en el ritmo que rige al Cosmos, pues el ritmo se resuelve en armonía y ésta es expresión del Amor uni-

versal. “*Toda* manifestación de *vida* y de belleza entraña una esencia de amor, porque éste es *energía creadora* de formas, es lo que une y cohesiona”. El Amor es parte sustancial de la esencia divina:

“Por encima del amor no existe autoridad alguna: porque el amor es de la misma esencia de Dios”. (Del artículo Matrimonio de Amor, “La Tribuna”, San José, 3 de mayo de 1942) (Citado por Dengo, 1974a: 39).

En segundo lugar se destaca una aplicación de la teoría anteriormente expuesta a la existencia humana. Como el amor es la esencia misma de la vida, el mejor sentido de ésta, si se entiende bien, debe cifrarse en él. Vivir “amorosamente” para Brenes Mesén significa vivir “fraternalmente”; es decir, llega a una comprensión casi evangélica del amor, consistente en la que llama su “forma impecable”, que es la fraternidad.

Si el amor implica conciencia y voluntad, ha de convertirse, entonces, en continua capacidad de amar; de sentirse “hermano”. Debe efectuarse un ensanchamiento suyo abarcador a toda la especie humana, más aún, a *toda* forma creada: el hombre debe ser “hermano” de todo ser, y en particular del hombre mismo. Si este principio, en apariencia tan simple y sencillo, fuera entendido por todos los hombres y pudiera realizarse en la vida práctica, (y don Roberto cree que sí se podría realizar), habría “comprensión de los problemas sociales que nos asedian”. Don Roberto no deja de mencionar la omisión del tercer principio del ideario modernista, sin el cual los anteriores dejan de poseer rostro humano. Leamos sus propias palabras:

“Por largo tiempo la idea, a veces pasión de la libertad, ha engendrado las revoluciones de independencia o las de restauración de los derechos del hombre, liberta-

des públicas. Las revoluciones de nuestro tiempo y las que seguirán las inspira la idea, a veces la pasión, de la igualdad. Pero hay ya síntomas de que un nuevo orden social va generándose con lentitud. Se basa en el otro elemento de las tres grandes fuerzas, la fraternidad. Porque ésta ha faltado como elemento moderador en los combates por la libertad y por la igualdad, no ha habido comprensión de los problemas sociales que nos asedian; por tanto, no ha podido haber solución de ellos” (Brenes, 1945: 68).

Así pues, la teoría del amor llega a tener, en la idea del autor, implicaciones éticas: la fraternidad debe llegar a ser una norma de vida, valor siempre presente en las relaciones humanas. Pero debemos tener presente que para Brenes Mesén la ética es aplicación necesaria de los postulados metafísicos. Si el hombre debe comportarse como “hermano” es porque hay un nexo esencial que lo une con toda criatura: éste es la unidad sustancial del Universo, uno de cuyos principios es el Amor. Así lo expresa el siguiente texto, de aliento casi panteísta:

El sortilegio de la vida me ata  
al árbol y a la piedra y al torrente,  
y siento que mi espíritu se funde  
en todas estas cosas: que yo vivo  
en la curva graciosa de la piedra,  
y respiro en las hojas de la planta,  
y voy cantando en las sonoras linfas.  
Se ha desbordado mi existencia y fluye  
por los ocultos cauces de las cosas  
como una sangre ideal, sangre de ninfas,  
por las violáceas venas de las rosas.

Voces de soledad, **Voces de soledad**<sup>3</sup>

El sentimiento fraternal debe conducir, necesariamente, a una invariable actitud de servicio a los demás, para que sea real y concreto. Como la óptima de las formas amorosas, la fraternidad, debe convertirse en conciencia y voluntad de amor y debe realizar, en lo práctico, la concepción metafísica. El siguiente texto nos lo

manifiesta:

¡Así soñaba la existencia mía!  
Oír, y ver, y amar, y comprender  
para servir en el silencio humilde  
en que las fuerzas intangibles sirven;  
para sentir, también, la juventud divina  
del alma universal dentro del alma  
(Brenes, 1928: 34).

Como *síntesis* de todo lo anterior se desprende la necesidad de conocer lo que el amor es: su carácter de esencia divina. Si es principio que alienta las arterias del mundo como fuente de vida, si de él mana, por consiguiente, la existencia del hombre, y si es imperativo para vivir fraternalmente, entonces se impone la urgencia del conocimiento del Amor. Esto lo da la Filosofía, según Brenes Mesén. dicho de otro modo, “Filosofía” es o significa “Sabiduría del Amor” y no –según el significado tradicional- Amor a la Sabiduría.

Vemos, pues, que el sentido de la Filosofía tiene, para el Autor, raíces en una concepción metafísica del Amor y en una inmediata consecuencia ética de ellas (fraternidad y servicio).

## El humanismo de Brenes Mesén

Uno de los elementos del pensamiento de Brenes Mesén que mayor interés ha despertado a lo largo de los años y que mayor trascendencia ha tenido en la cultura nacional es su humanismo, humanismo que constituyó una corriente de gran influencia en las primeras décadas del pasado siglo XX.

No por casualidad en sus filas encontramos los más destacados intelectuales de la época, como es el caso de Joaquín García Monge, Omar Dengo, José María Zeledón, y por supuesto Roberto Brenes Mesén.

El humanismo de Brenes Mesén, García Monge y Dengo superó el humanismo que históricamente se concentraba en el estudio de las *humanae litterae*, ideal y modelo de la educación del hombre completo y que afirmaba los *studia humanitatis* como el instrumento necesario y suficiente para conducir al hombre a una perfecta realización. Los humanistas costarricenses extendían su humanismo al amor y respeto por la Naturaleza, pues por un antropocentrismo miope y narcisista, la Naturaleza había sido la víctima del ser humano, situación que se remontaba a la revolución industrial en el siglo 18.

“Reaccionando contra las agresiones a la Naturaleza, los maestros costarricenses predicaban día a día la urgencia de humanizar al científico para desprenderlo de la placenta de la especialización tecnológica. Su propósito era el restablecer el vínculo Hombre-Naturaleza como elemento integrador. Al investigar, el hombre se pulveriza. Se disocia. Por tanto, hace falta una fuerza centrífuga para reintegrarlo con la Naturaleza. Y este grito interior era parte de su mensaje de fraternidad y esperanza porque ellos entendieron plenamente que el mundo cambia con cada generación, pero el hombre siempre estará inmerso en la Naturaleza. Por eso, no se cansaban de enseñar la distinción de lo permanente en el seno de todas las cosas transitorias” (Ferrero, 2002: 196).

Por esta actitud los humanistas costarricenses fueron considerados por la sociedad costarricense de principios del siglo XX como rebeldes, mal llamados así cuando en realidad eran no conformistas. Y destacamos con palabras de Brenes Mesén, defendiéndose de tal ataque:

“...La rebelión, encabritándose, pierde la noción de la armonía y solo sabe destruir, mientras la falta de conformidad vuelve a las fuentes frescas para transformar el entendimiento con el sereno contacto de las aguas del pensamiento original y de inspiración que los Maestros de la Humanidad dejaron con destino a todas las épocas. Es el pensamiento antiguo el que rejuvenece al mundo. A donde él llega, florece el renacimiento y resucitará la libertad” (Ferrero, 2002: 197).

De esto se puede inferir que el humanismo de ellos poseía hacia un significado distinto, más amplio que la mera exaltación de la Antigüedad griega y romana entendida como mera *studia eloquentiae*. El suyo iba hacia una actividad humana más libre de toda fuerza opresora, y llena de justicia, verdad, capacidades creadoras y belleza. Ellos aspiraban hacia la vida misma, buscando el camino de respeto a la vida en todas sus formas. En la formación de esta actitud no podemos dejar de considerar la formación universal que Brenes Mesén adquirió en los años de su primera juventud (Dengo, 1974: 21-22), y que sin lugar a dudas es el anticipo de la concepción metafísica que se manifestó filosóficamente, sobre todo en los años de 1915 a 1917, y que consistía en una concepción monista del Universo y en el principio de jerarquía que lo rige. Su humanismo involucra al ser humano en la Totalidad de la Naturaleza, de ahí que la preocupación ecológica no deja de ser una de las rasgos característicos del nuevo humanismo.

La actitud de estos ácratas de principios del siglo XX se vinculó con la inconformidad por ampliar y reorientar posibilidades que nuestro medio brindaba y en su lucha contra la rutina cultural. Las ráfagas humanistas eran energía que enrumbaron la existencia humana por otras vías, pues de lo contrario la Filosofía podía convertirse en un divagar inútil. Por consiguiente, filosofar es un mayor y mejor entendimiento de la vida y la función precisa que desempeñamos en ella. (Ferrero, 2002: 197).

Brenes Mesén expuso brillantemente su ideario humanista en los ensayos “La cultura integral del hombre” y “Con los jóvenes del Centro de Estudios de los

Problemas Nacionales” que incluye Ferrero Acosta en su obra *Ensayistas costarricenses*. De estos y otros textos de Don Roberto (concretamente los titulados “De la historia”, “Desdén de la Historia” y “Dante, símbolo del medievalismo”), se infiere la concepción de la Historia como un gran ciclo de acontecimientos que se mantienen dentro de una ligazón y un orden. Así pues, la Historia también está sujeta al ritmo vital pues según Brenes Mesén:

“...no hay cosas pequeñas. Es que todas son nudos visibles de la invisible red que envuelve y mantiene el equilibrio de las cosas y de los mundos. Es que nada se halla separado de lo demás” (Ferrero, 2002: 199).

Brenes Mesén no concibe la Historia en forma determinista, sino como la conciencia de la Humanidad: “No se cierran nunca los ojos de la Musa de la Historia que es como la conciencia de los hombres, de otras épocas, de otras ideas y de otras acciones”. De su ensayo “Dante, símbolo del medievalismo”, tomamos el aserto de que “cuando a un hombre no le importa la Historia, ya no le importan ni la verdad, ni la justicia, ni la conciencia”.

En el marco de esta concepción humanista, Brenes Mesén y quienes compartían sus ideas y luchas, lucharon por una cultura integral, o sea: que no se cultivara solo el intelecto y que se dejaran de lado el sentimiento, la emoción, la intuición y la voluntad. El ser humano no debe renunciar a conocerse a sí mismo, pues el autoconocimiento es el comprender la realidad del Hombre y la realidad del Universo. Según palabras de Brenes Mesén:

“...la cultura y las ideas vivas son las que realmente mueven al hombre a la acción, porque se han encarnado en la estructura intelectual y moral del hombre”. (Brenes Mesén, en Ferrero, 2002: 198- 199).

Las concepciones de Brenes Mesén trascienden el mero intelectualismo y están determinadas por la más vigorosa ética. El suyo es un mensaje más humano y espiritualizado, pues constituye la promesa de un mundo distinto y de una civilización hasta el momento desconocida por los seres humanos; es un llamado a volver a vivir la vida en comunidad vital y no vivir la vida urbana de los seres anónimos, aislados entre sí. Su concepción es la de un “comunitarismo” cuyas misiones creativas sean las de encauzar las fuentes de la vida en beneficio de las personas menos creadoras<sup>4</sup>. El excesivo intelectualismo<sup>5</sup> pone al hombre en peligro de perder su alma, por lo cual hay que recobrar la integridad y la unidad de la vida que hemos perdido y sin las cuales no podemos vivir. Tal preocupación llevó a Brenes Mesén a sostener que:

“...el estar al día en materias científicas, filosóficas o literarias no es signo inequívoco de cultura. Eso es flotar como la boya a merced del oleaje o de la corriente. La cultura resulta del esfuerzo hecho para repensar las ideas del ambiente para descubrir en ellas lo que para nosotros es la verdad o la mayor aproximación a ella. Resulta, asimismo y con mayor energía de las personales investigaciones dirigidas con espíritu científico. Por ello, la lucha contra el intelectualismo estéril y porque la cultura sea el conocer la totalidad de la vida y no únicamente el razonamiento” (Brenes Mesén, en Ferrero, 2002: 200).

De ahí la frase lapidaria de Brenes Mesén que “la cultura es el refinamiento de todo el ser interior del hombre” (Brenes, 1972: 103). Suyas son estas otras palabras:

“Las opiniones suelen provenir del conocimiento ajeno. Cuando yo he descubierto el conocimiento, no tengo opinión, sino saber. El pensar propio es obra de la cultura. El hombre bien informado puede no ser culto, puede no haber descubierto nunca una idea. La idea que se asimiló y se hace propia, crea nuestra cultura. La cual tampoco es abundancia de ideas, sino dominio de las ideas así como de los sentimientos” (Brenes Mesén, en

Ferrero, 2002: 200).

Luis Ferrero recuerda haber escuchado al maestro argentino Juan Mantovani, en la “cueva” del **Repertorio Americano**, cuando platicaba con don Joaquín García Monge, que don Roberto había pronunciado una conferencia magistral acerca de la nueva función de las humanidades (Ferrero, 2002: 200). Las palabras de Mantovani inquietaron a Ferrero hasta que ubicó el escrito de Brenes Mesén donde leyó muchos conceptos fundamentales como el siguiente:

“Se hace imperativo que subordinemos el intelectualismo predominante con el fin de restablecer el equilibrio íntegro y armónico del hombre. Su saber debe ser incompatible con la perversidad o la corrupción de su carácter, con sus miserias y debilidades. Un saber escolar que se alcanza sin el refinamiento de la vida emotiva y sin el fortalecimiento de la voluntad, los dos más importantes factores del carácter, puede ser útil pero es infecundo” (Brenes Mesén, en Ferrero, 2002: 200).

Y entonces comprendió Ferrero que el conocimiento intelectual puede ser transmitido, pero la cultura no es transmisible por ser elaboración de la persona en su intimidad vital. Luego encontró en otro escrito de don Roberto que “la cultura implica un refinamiento interior, una transformación lenta, pero total de la vida íntima del ser” (Brenes, 1972: 103).

Dentro de su concepción de cultura y erudición, Brenes Mesén establecía una distinción básica entre “hombre culto” y “hombre erudito”.

*Hombre culto* es el hombre pleno, el que comprende variadas doctrinas, tiene agilidad y hondura de pensamiento, conocimiento de las corrientes ideológicas y de los aconteceres del mundo actual, sin faltarle criterio y juicios propios. Además, es dinámico y de iniciativa para la acción. En otras palabras, el hombre de

cultura es el humanista:

“...es el que de lo hondo de su ser surge la sabiduría, que es la virtuosa esencia de la experiencia de la vida, para descubrir la cual no cuentan los años tanto como la disciplina y constante ejercicio del pensar” (Brenes, 1972: 106)<sup>6</sup>.

*Hombre erudito*, Brenes Mesén lo considera “*estanque* del conocimiento, pero no de los manantiales de donde fluye el agua viva”. Don Roberto utilizaba frecuentemente el término *estanque* para referirse al profesional que detiene, el que paraliza, que obstruye, que hace impasable algo, el que causa discontinuidad o inacción del conocimiento, sobre todo cuando no dispone de capacidades creadoras. El erudito puede ser un estanque porque los conocimientos estancados se pudren al no circular, y porque su erudición puede ser parásita e idólatra<sup>7</sup>. En otro escrito, don Roberto considera al erudito un Frankenstein, un monstruo destructor y, por lo tanto, peligroso, porque es “un deshumanizado monstruo del intelecto, sin corazón. Pero hay otro tipo de erudito, el creador que contiene para dar de sí<sup>8</sup>.”

Esta diferenciación entre el “hombre culto” y el “hombre erudito” nos lleva al humanismo y a la universidad, como la institución de educación superior en la que debe culminar el proceso de formación del hombre pleno<sup>9</sup>. No es posible definir la universidad al margen del humanismo y, por consiguiente, de las humanidades. Las humanidades se hallan esencialmente vinculadas con la universidad, y por ello la función social de la universidad está directamente referida a la visión humanista de la misma. Con relación a la función social de las humanidades nos escribe don Roberto:

“Hoy se debe comprender en el humanismo el as-

pecto social del hombre. Escuelas, colegios y universidades tienen la responsabilidad de la formación de los caracteres, tanto para servir a los individuos como para servir a las comunidades. Eximir a las universidades de esa función es mantenerlas en una situación impropia de los más elevados ideales humanos” (Brenes Mesén, en: Ferrero, 2002: 202).

“La Universidad debe ponerse toda ella al servicio de los elevados intereses humanos, comenzando por los de la sociedad que la sustenta. Para lo cual es preciso ascender pendientes. Callar en las difíciles circunstancias por que atraviesa una sociedad o un conjunto de naciones, es pervertir el significado y el valor de la Universidad” (Brenes, 1972: 123).

La Universidad debe responder a las necesidades reales, materiales y espirituales, de la sociedad en que se encuentra inserta. La formación de profesionales no es sino una de las muchas funciones que le pertenecen a la Universidad de nuestros días. La misión de la universidad concierne también a la sociedad como un todo, y su compromiso con la verdad está mediado por una visión humanística y científica del mundo.

“Función primordial es la de presentar un universo organizado como base o como trasfondo de toda enseñanza y de todas las investigaciones originales, a fin de que el estudiante se halle con un entendimiento y un saber organizado; lo que le proporcionará la profunda satisfacción de vivir a tono con el universo y con el mundo, llevado por el mismo ritmo de ellos, pero consciente de que va, con la voluntad de ir, como seguro de que el universo no sabría ir sin él” (Brenes Mesén, en: Ferrero, 2002: 202).

Y el desarrollo de la ciencia no deja de imponerle a la universidad nuevas funciones y formas de realizarlas. La visión del mundo en nuestros tiempos está claramente influenciada por los avances de la ciencia.

“En un universo orgánico, cual es el nuestro, las cosas, la naturaleza, las plantas, los animales, el hombre, no son estables; son más bien procesos en vías de constante

transformación. Nuestras ciencias y nuestra filosofía, suelen cometer el error de considerar las cosas como si todas fuesen estables y no fenomenales, como esencialmente son” (Brenes Mesén, en: Ferrero, 2002: 202).

“Una educación realizada con la visión real del universo vivo estimulará constantemente el pensamiento original y hará disminuir, y luego desaparecer, los dogmas de autoridad de todo linaje que han entrabado el progreso de las ideas, y demorado la difusión de la cultura. El dogma, cualquiera que sea su naturaleza, es una inmovilización pétre de una doctrina o de una idea. La historia de las herejías en ciencias, religión o filosofía marca el progreso de la liberación del pensamiento” (Brenes Mesén, en: Ferrero, 2002: 202).

La universidad debe ser libre, tanto en sus relaciones internas como en sus relaciones con el mundo que la rodea. El saber en la universidad no puede anquilosarse, so pena de verse imposibilitada de cumplir con los deberes que la sociedad le ha establecido. Pero tampoco la universidad puede ceder a las presiones externas que buscan callar su voz en el conglomerado social, pues ellas no buscan otra cosa que hacerle claudicar en su búsqueda del conocimiento.

“Provechoso es que la universidad revise sus actitudes respecto a las cosas y de las ideas nuevas; que no rechace, apoyando sus espaldas en los pilares construidos por el pasado, cuanto aparece de nuevo en el mundo, ya originado en otras universidades, ya fuera de ellas” (Brenes Mesén, en: Ferrero, 2002: 203).

“Ni deberá permitir la universidad que quienes la sirvan se olviden de que el saber no es cultura, sino apenas parte importante de ella. Porque cultura es el refinamiento de todo el ser interior del hombre y conocer que no contribuye a ese refinamiento no ha de reverenciarse en la universidad como cultura” (Brenes Mesén, en: Ferrero, 2002: 203).

Y la misma búsqueda del conocimiento integral por la universidad debe inhibirla de formar profesionales especializados que por conocer una parte ignoren el todo. El pensamiento humanista de Bre-

nes Mesén nos exige restaurar la unidad perdida del ser del hombre, la cual no puede omitir ninguna dimensión de su ser ni de su quehacer. El pensamiento humanista de Brenes Mesén es un clamor contra la enajenación del ser humano contemporáneo y contra los profesionalismos que predominan en muchas de nuestras instituciones de educación superior. Desde esta perspectiva el pensamiento de Brenes Mesén cobra especial vigencia en nuestros días y no deja de enseñarnos el camino. Desde esta perspectiva el pensamiento de Brenes Mesén es un clásico.

“El humanismo de hoy contiene todas las ansias y todas las fuerzas del hombre, y no es posible que las profesiones sean completas si no se redondean con el sentimiento y el pensamiento del gran humanista. El humanismo está por encima de todas las profesiones porque se ha levantado sobre el fundamento más sólido de la humanidad: el hombre” (Brenes Mesén, en: Ferrero, 2002: 203).

“Y es inútil que nosotros tengamos médicos o abogados, o ingenieros o dentistas, como si esencia natural [sic] no tenemos allí al hombre capaz de comprender todos los sentimientos humanos, al hombre que es artífice no solo de una determinada actividad” (Brenes Mesén, en: Ferrero, 2002: 204).

## Notas

\* Conferencia pronunciada en la Escuela de Formación Docente de la Facultad de Educación de la Universidad de Costa Rica el 14 de agosto de 2002.

1. Nace Roberto Brenes Mesén en 1874 en la ciudad de San José, a la sazón en una sociedad que pugna por salir del sistema patriarcal e ingresar en un sistema capitalista. En 1887 ingresa en el Liceo de Costa Rica recientemente fundado por Mauro Fernández, en el cual recibe las primeras influencias liberales y positivistas de sus mentores y en el que se gradúa como maestro en 1892, no sin antes haber iniciado sus lecturas literarias y filosóficas. Hasta 1897, año en que parte hacia Chile con una beca del gobierno de ese país, trabaja como maestro en el Instituto de Alajuela y en el Liceo de Costa Rica. En Chile lleva a cabo sus estudios de Filología, Psicología

- y Pedagogía en el Instituto Pedagógico de Santiago hasta 1900, tiempo durante el cual estudia lenguas clásicas con el Profesor Hanssen y mantiene correspondencia con Rubén Darío. A su regreso a Costa Rica continúa sus funciones como profesor en el Liceo de Costa Rica, el Colegio San Luis Gonzaga y el Liceo de Heredia, a la vez que inicia su labor de periodista crítico y polemista. En 1905 publica **Gramática Histórica y Lógica de la Lengua Castellana**, y **La Voluntad en los Microorganismos**. En 1909 ingresa en la Sociedad Teosófica y es designado Subsecretario de Relaciones Exteriores y Subsecretario de Instrucción Pública hasta 1913, año en que es designado Secretario de Instrucción Pública. En 1911 publica el ensayo **El Canto de las Horas** y en 1913 el poemario **Hacia Nuevos Umbrales**. De 1914 a 1915 desempeña el cargo de Ministro de Costa Rica en Washington. En 1916 es nombrado director de la Escuela Normal de Costa Rica y funge también como profesor de Psicología, Sociología e Historia de la Educación en la misma. En 1917 publica **Metafísica de la Materia**. De 1917 a 1918 ejerce como Ministro de Instrucción Pública en el Gobierno *de facto* de Federico Tinoco. De 1920 a 1925 se desempeña como profesor de español en la Universidad de Syracuse, Nueva York. En 1921 publica **El misticismo como instrumento de investigación de la Verdad**. De 1925 hasta su jubilación en 1939 labora como profesor en la Universidad Northwestern en Chicago. En 1939 regresa a Costa Rica y colabora asiduamente en periódicos y otras publicaciones periódicas, a la vez que viaja como conferencista a Estados Unidos, Guatemala y El Salvador. En 1945 publica **Dante, Filosofía, Poesía**. En 1946 publica **Rasur**. Don Roberto muere el 19 de mayo de 1947 a la edad de 73 años.
2. Esta periodización la hemos adoptado de Dengo (1974a: 35). Cf. también el "Lamento de Leopardi": "...¡O noble Ciencia! Poderosa maga / de sandalias de luz por cuyas huellas / tus elegidos van con paso lento / al través de esta noche sin estrellas / que hace siglos nos tienta: lo Ignorando; / yo se mui [sic] bien que llegará el momento / en que las almas sin valor, con lirás / alcen un canto a tu mortal derrota; / pero también en lontananza escucho / la voz de la Verdad que entona el sabio / salmo de vida del Progreso eterno, / que siempre lucha, que jamás desmaya..." (Brenes, 1990: 49).
  3. Brenes, 1990: 147.
  4. "Porque la dicha para el hombre solitario o conventual no es la de nuestros tiempos. La vida de servicio, de cooperación, de defensa colectiva de los derechos del individuo acabará por reemplazar del todo el individualismo de promontorio que prevaleció hasta los primeros decenios de nuestro siglo. Hay que educar, pues, para la cooperación y para el servicio" (Brenes, 1972: 121).
  5. "La inteligencia, por sí sola, alumbrá, pero no conduce" (Brenes, 1972: 102).
  6. "La educación produce un cambio esencial en el hombre, o no es educación del todo. Ella tiende a dejar en descubierto la unicidad del individuo; y sólo en este sentido tiene valor la afirmación de Spencer al decir que su "objeto es la formación del carácter". En un cierto modo la educación es autoeducación, al lado de lo cual todo lo demás parece postizo, fugitivo, que se evade tras los exámenes, como los follajes al paso del otoño. Porque la espiritual función del educador ante el alumno es la de ayudarle a buscar el maestro verdadero y eterno dentro de sí. Ese maestro dentro del hombre que decía San Agustín, es el que pregunta en nosotros, el que investiga, el que origina ideas, el que hace descubrimientos; ese es el operario y el héroe, el poeta y el santo en cada uno de nosotros. El maestro fuera de nosotros no transfunde su cultura en el educando; ella tiene que elaborarse día a día en éste, es una individual creación que ha de permear toda la vida, porque siendo la cultura el sedimento de luz que deja una excelente educación, ella debe iluminar todas las palabras así como todas las acciones del hombre. El conocimiento se trasmite; pero es intransmisible la cultura, porque ésta implica un refinamiento interior, una transformación lenta, pero total, de la vida íntima del ser. Ciertamente, puede el maestro suscitar el impulso creador de cultura suministrando ocasiones de experiencias internas de cultura, mas no trasegando los jugos de su conocimiento en la inteligencia del educando. Educar es inducir una expansión de la conciencia para hacer sentir más, percibir más, comprender más, pensar más, discernir más, hacer mayor uso de la voluntad, no como deseo, sino como querer, que es raíz de toda potencia. La educación expande; las ciencias y las artes son medio para obtener esa expansión. La cultura refina lo que la naturaleza da y la educación expande. Al diamante del genio la cultura no le da luz, sino ocasión de brillar" (Brenes, 1972: 103).
  7. "La información, la erudición pueden ser instrumentos de cultura; mas por sí solas no la producen. "No es, pues, la cultura el contenido de la educación, sino aquella superación del individuo que resulta de un refinamiento de la totalidad de su ser. El hombre culto saber discernir los valores

espirituales del arte y del conocimiento, porque lleva dentro de sí las normas que la han ido revelando sus ascendentes experiencias internas. Por eso las cosas de la inteligencia y del sentimiento, ciencia y arte, encuentran en él un justipreciador acertado, un crítico entendido, sin ser un erudito profesional. Y aunque se da cuenta de que los eruditos son los estanques del conocimiento, pero no los manantiales de donde fluye el agua viva, tiene respetuosa consideración por ellos” (Brenes, 1972: 104).

8. “La función, la de Europa fue desenvolver la razón mediante la inteligente adquisición del conocimiento. Racionalizó su política y su economía, su vida social y su ciencia; aun trató de racionalizar la religión y el arte. Mas como el hombre no es un ente de razón tan sólo, hace ya un medio siglo que esa civilización viene derrumbándose. Europa es víctima de su propia civilización; agoniza perseguida por el monstruo de Frankenstein [sic] que ella misma ha creado, un deshumanizado monstruo de intelecto sin corazón. “No será, pues, la función de nuestra América proseguir en la misma vía. Antes por el contrario, América habrá de reconocer como destino suyo el hacer florecer una civilización a base de la cultura integral del hombre. La emoción, el sentimiento, la intuición que sobre ellos descansa, —o como visión genial— y la voluntad demandarán de los métodos la misma enfática acentuación que el intelecto. Pues nos vamos dando cuenta de que el verdadero conocer, el bello, el útil, el permanente conocer es la obra de la totalidad de la vida, no únicamente del razonamiento. El conocer que no se entaña en el vivir jamás es sabiduría. La inteligencia, por sí sola, alumbraba, pero no conduce” (Brenes, 1972: 101).
9. “Como la preocupación del siglo diecinueve fue la formación de las democracias, de las asambleas de ciudadanos, los maestros apenas recibieron la preparación indispensable para servir los intereses de las democracias, la uniformación de las turbas de votantes. Comprendemos hoy que eso no es bastante. Hay una cierta eternidad de aspiración en el hombre que es preciso evocar, y luego exaltar, a fin de que el hombre superior latente en el individuo se levante a tomar la dirección de su destino. Y tal empeño sólo puede acabarlo el maestro de intensa educación. No del que simplemente ha leído muchos libros y oído muchas conferencias, sino del que va haciendo su cultura a fuerza de vivir con intensidad su educación. De lo hondo del ser surge la sabiduría, la virtuosa esencia de la experiencia de la vida. Para descubrir la cual, no cuentan los años tanto como la disciplina y constante ejercicio del

pensar” (Brenes, 1972: 105).

## Bibliografía

- Abreu, Emilio. (1950). *Escritores de Costa Rica*: Joaquín García Monge, Roberto Brenes Mesén, Carmen Lyra. Washington: Unión Panamericana.
- Acuña, José B. (1975). “Una imagen de don Roberto” En: *Poesías de Roberto Brenes Mesén*. San José: Editorial Costa Rica.
- Acuña, José B. y otros. (1974). *En torno a Roberto Brenes Mesén*. San José: Ministerio de Educación Pública.
- Brenes Mesén, R. (1964). *Antología poética*. San José: Editorial Costa Rica.
- Brenes Mesén, R. (1972). “La cultura integral del hombre”. En: Luis Ferrero (1972). *Ensayistas costarricenses*. San José: Imprenta Antonio Lehmann.
- Brenes Mesén, R. (1945). *Dante, filosofía, poesía*. San José: Trejos.
- Brenes Mesén, R. (1928). *Los dioses vuelven*. San José: Editorial del Convivio.
- Brenes Mesén, R. (1945). *En casa de Gutenberg, Banquete platónico y otros poemas*. San José: Tormo.
- Brenes Mesén, R. (1905). *Gramática histórica y lógica de la lengua castellana*. San José: Lehmann.
- Brenes Mesén, R. (1913). *Hacia nuevos umbrales*. San José: Imprenta Alsina.
- Brenes Mesén, R. (1972). “Con los jóvenes del Centro para el Estudio de Problemas Nacionales”. En: Luis Ferrero (1972). *Ensayistas costarricenses*. San José: Imprenta Antonio Lehmann.
- Brenes Mesén, R. (1959). *Lázaro de Betania*. San José: Ministerio de Educación Pública.
- Brenes Mesén, R. (1944). *Poemas de amor y muerte*. San José: Imprenta Española.

- Brenes Mesén, R. (1975). *Poesías*. San José: Editorial Costa Rica.
- Brenes Mesén, R. (1990). *Poesías*. San José: Editorial Costa Rica.
- Brenes Mesén, R. (1989). *El político*. Heredia: EUNA.
- Brenes Mesén, R. (1946). *Rasur o semana de esplendor*. San José: Trejos.
- Brenes Mesén, R. (1916). *Voces del angelus*. San José: Imprenta Alsina.
- Carazo, Juan J. (1992). Brenes Mesén, *Educador*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Chamorro González, Faustino (2000). *Brenes Mesén. Caballero de la Enseña Escarlata*. Tomo I. 1893-1900. Heredia: EUNA.
- Chase, Alfonso (1997). *Los Herederos de la Promesa*. San José: Editorial Costa Rica.
- Dengo, María E. (1959). *Escritos filosóficos*. San Pedro de Montes de Oca: Facultad de Ciencias y Letras, Universidad de Costa Rica.
- Dengo, María E. (1974a). *Roberto Brenes Mesén*. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.
- Dengo, María E. y otros. (1974). *En torno a Roberto Brenes Mesén*. San José: Ministerio de Educación Pública.
- Ferrero, Luis. (1964). *Brenes Mesén prosista: notas de asedio*. San José: Trejos.
- Ferrero, Luis. (1972). *Ensayistas costarricenses*. San José: Imprenta Lehmann.
- Ferrero, Luis (2002). *Dos libros reunidos: Raigambres y Explosión Creadora*. San José: Inédito.
- Méndez Ramírez, Y. (1978). *Lázaro de Betania: lo fantástico como principio generador de texto*. Tesis de Licenciatura. San Pedro de Montes de Oca: Facultad de Letras, Universidad de Costa Rica.
- Rocha Gutiérrez, E. (1976). *La influencia teosófica en la poesía de Roberto Brenes Mesén*. San Pedro de Montes de Oca: Facultad de Letras, Universidad de Costa Rica.
- Trottier Carrier, D. (1993). *Juego textual y profanación: análisis sociocrítico*. San Pedro de Montes de Oca: Editorial de la Universidad de Costa Rica. (CR863.4B/B837t)
- Vincenzi, Moisés. (1918). *Principios de crítica: Roberto Brenes Mesén y sus obras*. San José: Minerva.
- Zeledón Cartín, Elías. (1993). *Brenes Mesén, educador*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.